

El espejismo del Che y la atracción del marxismo

Por Mauricio Rojas

El marxismo que me “robó el alma” cuando yo era muy joven me dio –al menos así lo creía entonces– una comprensión total de la historia y un rol sublime en una gesta épica de proporciones grandiosas. ¿Cómo negarse entonces a ser un actor de ese capítulo extraordinario de la historia de la humanidad? ¿Cómo perderse esa fiesta de liberación de nuestra especie de todos aquellos males que siempre la habían aquejado? ¿Cómo no ser santo, misionero y mártir de una causa tan bella por la cual, sin duda, valía la pena dar la vida propia y también la de muchos otros? O, para usar nuevamente las palabras de Che Guevara en su Mensaje a la Tricontinental, “que importan los peligros o sacrificio de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad”. Y es justamente allí donde se enturbian definitivamente las aguas cristalinas de la utopía, donde la bondad extrema del fin se puede convertir en la maldad extrema de los medios, donde la supuesta salvación de la humanidad puede hacerse al precio de sacrificar la vida de incontables seres humanos. Es justamente en ese intersticio siniestro donde puede surgir aquella “maquina de matar” en que Guevara nos insta a convertirnos para realizar el sueño del hombre nuevo. Esto fue lo que entendí un día, pero lo entendí no como un problema de otros o de una categoría especial de seres singularmente malos, sino como un problema mío y de los seres humanos en general. Y me asusté de mí mismo y me fui a refugiar en el pedestre liberalismo que nos invita a la libertad pero no a la liberación, que defiende los derechos del individuo contra la coacción de los colectivos, que no nos ofrece el paraíso en la tierra sino una tierra un poco mejor, que no nos libera de nuestra responsabilidad moral sino que nos la impone, cada día y en cada elección que hacemos.

Mauricio Rojas nació en Santiago de Chile en 1950 y reside en Suecia desde 1974. Es Miembro del Parlamento de Suecia, Profesor Titular de Historia Económica (Universidad de Lund), Senior Adviser de Timbro y Director del Centro para la Reforma del Estado del Bienestar. Es autor de una docena de libros, entre ellos *Suecia después del Modelo Sueco* (CADAL, 2005), *Mitos del milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del apocalipsis* (CADAL, 2004), *Historia de la crisis Argentina* (CADAL, 2003) y *Beyond the welfare state. Sweden and the quest for a post-industrial welfare model* (2001). Es miembro del Consejo Académico de CADAL.



Para las personas amantes de la libertad, así como para todos aquellos que algo saben de las desventuras del totalitarismo, no deja de ser chocante ver cómo se endiosa a una figura como la de Ernesto Che Guevara, tal como recientemente se pudo constatar a propósito de la conmemoración del cuarenta aniversario de su muerte. Ello muestra que hay una gran fuerza de atracción en su imagen de mártir moderno y encarnación del hombre más admirable, aquel dispuesto a entregar generosamente la propia vida por una causa idealista.

Frente a esta idealización que quiere elevar a Guevara a las alturas de un Mesías moderno vemos un esfuerzo por parte de sectores liberales por crear una especie de anti-imagen del guerrillero argentino-cubano, donde se lo reduce a aquella “efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar” de que el mismo Guevara hablase en su famoso *Mensaje a la Tricontinental* de 1967. Se trata de crear la imagen de una especie de Anticristo, del mal absoluto encarnado en un hombre, para contraponerla a la de este nuevo Cristo popular.

El problema que veo en este intento es que termina combatiendo una caricatura con otra caricatura, quedándose en una lucha de imágenes que puede convencer a los ya convencidos pero cuyo efecto sobre quienes se sienten atraídos por una figura como la de Guevara es mínimo. Creo que se ganaría mucho más si hiciésemos un esfuerzo por ver al pensamiento revolucionario y a las ideas marxistas como un fenómeno más complejo, una contradictoria mezcla del bien y del mal, donde idealismo redentor y fanatismo asesino se conjugan en una dialéctica embriagadora e implacable. Muchos críticos del marxismo sugieren que su fuerza de atracción reside en su capacidad de concitar una serie de sentimientos o rasgos negativos: envidia, destructividad, resentimiento, deseo de dominar a otros o de venganza, sadismo etc. Por ello serían personalidades caracterizadas por esos rasgos las que se sentirían atraídas por el marxismo, formando su núcleo activo. El marxismo sería así una ideología que concita los instintos más bajos o, simplemente, la maldad humana para darle rienda suelta bajo la forma de un movimiento colectivo donde estas personalidades atávicas se refuerzan mutuamente.

No niego que haya una buena parte de todo esto en la fuerza de atracción tanto del marxismo como de otros movimientos políticos extremos y que muchos de los elementos que se congregan en torno a esa ideología adolezcan de rasgos atávicos de personalidad. Aún así, pienso que se trata de una forma de aproximarse a este tipo de fenómenos que es fundamentalmente errada, ya que si bien capta una parte de los mismos deja de ver lo que para mí es la verdadera fuerza motora que les da a las ideologías mesiánicas su tremenda capacidad de atraer a aquellos sin los cuáles estos movimientos no llegarían muy lejos, a saber, a los altruistas e idealistas o, para decirlo cortamente, a los buenos, a

aquellos que se van a entregar a la causa de la revolución con la devoción de un santo, poniendo de una manera ejemplar todas sus fuerzas e inteligencia al servicio de “la causa”, una causa que para ellos representa la bondad personificada. En fin, se trata de seres que están muy lejos de ser basuras humanas y que se hacen marxistas para hacer el bien pero que terminan –si tienen la oportunidad– haciendo un mal espantoso. Esta es para mí la paradoja que hay que explicar y hacerlo es más difícil que trabajar con la hipótesis simplona de la maldad tanto de las ideas marxistas como de quienes las propagan.

El hecho de buscar entender el marxismo desde esta perspectiva tiene una explicación personal y otra intelectual. La personal es que he conocido demasiada gente buena, respetable, culta e inteligente que ha puesto su vida al servicio de las ideas marxistas como para ignorarlas o creer que son raras excepciones. La intelectual es que leyendo las obras claves del marxismo, particularmente de Marx, no veo en ellas un llamado a lo más bajo del ser humano sino, por el contrario, a lo más sublime.

Esta última constatación me llevó a una larga investigación, emprendida hace ya más de veinticinco años, sobre las fuentes del marxismo, entendiendo que su tremenda fuerza era inexplicable si su visión del mundo y sus propuestas no se hiciesen eco de vetas profundas de nuestra civilización cristiano-occidental. Esa investigación terminó siendo mi tesis doctoral, que bajo el título en latín de *Renovatio Mundi* defendí en 1986 en la llamada Casa del Rey de la hermosa ciudad universitaria de Lund.

Mis conclusiones fueron que el marxismo era una especie de secularización modernizada del pensamiento mesiánico que atraviesa, creando grandes tensiones y conflictos muchas veces sangrientos, toda la historia del cristianismo. Se trata de la idea del retorno inminente del Mesías y la pronta instauración de un paraíso en la tierra, un reino de armonía y felicidad que definitivamente superaría la condición precaria de la vida tal como la hemos conocido hasta ahora recreando al mismo ser humano, que sería así convertido en un hombre nuevo para un mundo depurado del mal y renovado (de allí el título de mi tesis, *Renovatio Mundi*). Este reino celestial en la tierra duraría, según la profecía bíblica, mil años y de allí viene el nombre de milenarismo, con que a menudo se denomina a estas corrientes mesiánicas.

Propio del mesianismo milenarista es la creencia no sólo en la cercanía de un paraíso terrenal, sino en la intervención de un grupo iluminado que juega un papel protagónico en la conflagración final que, según el arquetipo del Apocalipsis bíblico, precedería a la recreación del mundo y del hombre. Se trata de esa revolución, para decirlo en términos profanos, que conducida por la vanguardia revolucionaria abre paso al fin de la historia con el cual se instaura una sociedad sin clases ni envidias donde todos pueden realizar lo que son y nadie sufre carencias materiales: en suma, el comunismo de

la utopía marxista que restaura así, después de un largo peregrinar por el valle de lágrimas de las sociedades de clase, aquella prístina armonía del paraíso original o “comunismo primitivo”, según la terminología del marxismo.

Todo ello modernizado, usando un lenguaje científico, con el cual la Providencia y su plan histórico se convierten en la predeterminación de las “leyes de la historia”, finalmente descubiertas por lo que se llamaría materialismo histórico o socialismo científico. Así, la victoria del comunismo no es un acto antojadizo de voluntad –si bien requiere de ella en la forma de esa violencia revolucionaria que Federico Engels llamó “la partera de la historia”– sino una conclusión necesaria e inevitable de la historia de la humanidad.

Este fue el marxismo que me “robó el alma” cuando yo era muy joven. Me dio –al menos así lo creía entonces– una comprensión total de la historia y un rol sublime en una gesta épica de proporciones grandiosas. ¿Cómo negarse entonces a ser un actor de ese capítulo extraordinario de la historia de la humanidad? ¿Cómo perderse esa fiesta de liberación de nuestra especie de todos aquellos males que siempre la habían aquejado? ¿Cómo no ser santo, misionero y mártir de una causa tan bella por la cual, sin duda, valía la pena dar la vida propia y también la de muchos otros? O, para usar nuevamente las palabras de Che Guevara en su *Mensaje a la Tricontinental*, “que importan los peligros o sacrificio de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad”.

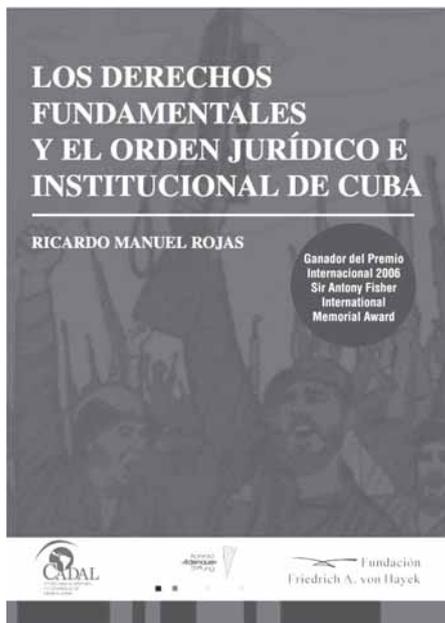
Y es justamente allí donde se enturbian definitivamente las aguas cristalinas de la utopía, donde la bondad extrema del fin se puede convertir en la maldad extrema de los medios, donde la supuesta salvación de la humanidad puede hacerse al precio de sacrificar la vida de incontables seres humanos. Es justamente en ese intersticio siniestro donde puede surgir aquella “maquina de matar” en que Guevara nos insta a convertirnos para realizar el sueño del hombre nuevo. Es en ese mismo intersticio de amoralidad absoluta –también llamada “moral revolucionaria”– donde se ubica la alabanza a la violencia de la revolución comunista hecha ya por el joven Marx o el llamado de Lenin a no trepidar en usar “medios bárbaros” para liberar a Rusia de la barbarie zarista. Los “campos de la muerte” de Pol Pot o el intento demencial de la revolución cultural de Mao de borrar la herencia cultural de la humanidad para crear desde cero un nuevo tipo de ser humano son hijos del mismo mesianismo donde un fin que cree ser el más sublime posible justifica los medios más atroces.

Esto fue lo que entendí un día, pero lo entendí no como un problema de otros o de una categoría especial de seres singularmente malos, sino como un problema mío y de los

seres humanos en general. Vi todo ese potencial de hacer el mal que todos, de una u otra manera, llevamos dentro y vi como se desarrollaba, como me transformaba en un ser absolutamente inmoral y despiadado respecto del aquí y el ahora con el pretexto de un más allá y un mañana gloriosos. Y vi en mí al criminal político perfecto del que nos habla Albert Camus en *L’homme révolté*, aquel que mata sin el menor remordimiento y sin límites ya que cree hacerlo a nombre de la razón y del bien. Y vi que yo no era esencialmente distinto de los grandes verdugos del idealismo desbocado, de los Lenin, Stalin, Mao o Pol Pot, pero también, a su manera, de los Hitler y los totalitarios de todos los tiempos. Y me asusté de mí mismo y me fui a refugiar en el pedestre liberalismo que nos invita a la libertad pero no a la liberación, que defiende los derechos del individuo contra la coacción de los colectivos, que no nos ofrece el paraíso en la tierra sino una tierra un poco mejor, que no nos libera de nuestra responsabilidad moral sino que nos la impone, cada día y en cada elección que hacemos.

El liberalismo, para ser fiel a sí mismo, debe ser integral. Abarcar tanto el aquí y el ahora como el mañana y jamás reducirse a una esfera de la vida social, como ser la economía. Debe por ello ser la doctrina de los medios más que de los fines o, para decirlo de otra manera, donde los medios son el fin, aquella doctrina que sabe que “al andar se hace camino” y que la vida no es más que un eterno hacer camino. Esto no hace, sin embargo, al liberalismo completamente inmune de la tentación de justificar los medios con los fines o de parcializarlo. Es una lección triste de nuestra historia reciente que no podemos ignorar cuando miramos el lado oscuro del ser humano en el espejismo de bondad que irradia Che Guevara. Y digo esto por que hace tiempo dejé de creer en el maniqueísmo y aprendí a desconfiar de toda visión de la vida que reduce su paleta de colores al blanco y el negro.

Ser liberal no es pertenecer a “los buenos” o a los absolutamente inmunes a las tentaciones liberticidas, sino simplemente entender la dualidad del ser humano y la brutalidad que potencialmente se alberga incluso en las almas más admirables. El ser humano, como Kant dijo, está hecho de un leño torcido del cual nada puede forjarse del todo recto. El liberalismo no es una manera de enderezar aquella naturaleza torcida sino de contener sus instintos más dañinos, especialmente cuando se esconden tras el manto de la bondad absoluta o se ven propulsados por los destellos de la utopía más encandiladora. El destino de un Che Guevara no nos es por ello, por paradójico que parezca, del todo ajeno.



Los derechos fundamentales y el orden jurídico e institucional de Cuba

Ricardo Manuel Rojas

Índice

Introducción

PRIMERA PARTE: LA PROTECCIÓN INTERNACIONAL DE LOS DERECHOS FUNDAMENTALES.

- I. La protección de los derechos del hombre. Las características de los derechos humanos.
- II. El derecho internacional de los derechos humanos. La incorporación del derecho internacional de los derechos humanos en las constituciones Latinoamericanas. La Constitución Argentina de 1994.
- III. Los derechos humanos en Cuba.

SEGUNDA PARTE: LA VIOLACIÓN DE LOS DERECHOS FUNDAMENTALES EN EL SISTEMA INSTITUCIONAL Y JURÍDICO DE CUBA.

- IV. La supremacía de los fines del Estado por sobre los derechos fundamentales del hombre. La supremacía del Estado en la Constitución de Cuba. El uso de la ley penal como instrumento de control social. La amplitud de los tipos penales. La protección de los fines del Estado en el derecho penal cubano. La pena de muerte por causas políticas.
- V. La concentración del poder de los órganos del Estado.
- VI. La ausencia de una justicia independiente e imparcial.
- VII. La lesión severa a la libertad personal. La peligrosidad como base del sistema penal. El estado de peligrosidad y las medidas de seguridad pre-delictuales en el Código Penal Cubano. Las garantías de la defensa en juicio y el debido proceso.
- VIII. Restricciones al derecho de propiedad y el control de la actividad económica. La estatización de la actividad económica. El control de la actividad laboral.
- IX. La barrera constitucional frente a la libertad de opinión, de información y de prensa. Las explícitas restricciones a la libertad de expresión y el monopolio estatal de los medios de comunicación en Cuba. La persecución del periodismo independiente.
- X. Las restricciones a las libertades de asociación, reunión y petición. La Libertad de asociación. La libertad de reunión. El derecho de peticionar ante las autoridades.
- XI. El manejo de la educación como herramienta de propaganda y control social. Las bibliotecas independientes.
- XII. Las restricciones al derecho de entrar y salir del país.

Conclusión.

ANEXO

CONSTITUCIÓN DE CUBA.

SELECCIÓN DE ARTÍCULOS DEL CÓDIGO PENAL DE CUBA (ley 62).

LEY 88 DE PROTECCIÓN DE LA INDEPENDENCIA Y LA ECONOMÍA DE CUBA.

FUNDAMENTACIÓN DEL PROYECTO VARELA.

INFORME DE AMNISTÍA INTERNACIONAL.

“Este libro deja al descubierto una faceta del régimen cubano que nosotros, los ciudadanos del desaparecido bloque comunista, conocemos muy bien: su desprecio por la dignidad humana y por las normas internacionales vigentes, ya que la violación de derechos humanos es una parte inseparable de su orden constitucional”.

Vaclav Havel, ex Presidente de la República Checa